

RICARDO PATTEE.

GABRIEL GARCIA MORENO.

(Una semblanza)

MEXICO.
1938

Gabriel García Moreno

Una semblanza

por RICARDO PATTEE

Ricardo Pattee, catedrático de la Universidad de Puerto Rico, nos presenta un notable estudio —fruto de estudio personal y directo— acerca de una de las figuras más discutidas de la política hispano-americana en el siglo XIX.

AUNQUE guayaquiléño de nacimiento, la ciudad porteña ecuatoriana conmemora la cuna de su ilustre hijo, Gabriel García Moreno, con una modesta placa que más de una vez ha sido arrancada por turbas fanatizadas en su odio contra el preclaro ciudadano que hubo de escalar los más elevados sitios de la república. Los restos del presidente que cayó asesinado el 6 de agosto de 1875 descansan en lugar desconocido, retirados de la capilla ardiente por partidarios, temerosos de una profanación. Ningún monumento o efigie se encuentra en toda la extensión del Ecuador, que perpetúe la memoria de su lucha tesonera para encauzar al país por los senderos de la paz y la tranquilidad hacia la laboriosidad productiva. Solamente los monumentos más perdurables se yerguen todavía como testimonio de sus laudables esfuerzos para inculcar en sus conciudadanos las virtudes de disciplina, dedicación a un ideal y purificación de la vida privada y pública. Quienes ven en García Moreno sólo al intransigente, al obcecado y al temerario, se ofuscan ante la realidad que nos presenta el estudio detenido de su época y su fogosa personalidad.

La pluma de Juan Montalvo, de Pedro Moncayo y de fervientes admiradores del liberalismo del siglo pasado, crearon un García Moreno monstruoso, deforme y repugnante. Montalvo en su exaltación liberalista y en su lirismo patriótico tejió un mito o leyenda acerca de García Moreno que pasa hoy en día por difedigna. Hubo en estos escritos poco respeto para la realidad, escasa consideración para la verdad y ningún decoro cuando se trataba de acusaciones o falsificaciones contra García Moreno. La crasa diatriba en que caía Montalvo con frecuencia, la repetición gratuita de anécdotas burdas e inverosímiles, y la relación de chismes callejeros y baladíes, tuvieron, no obstante, una repercusión continental con que Gabriel García Moreno llegó a adquirir una fama casi legendaria de lúgubre, tiránico y maníaco. Esta triste tradición se ha perpetuado hasta nuestros días.

FUE García Moreno, efectivamente, el tirano descabellado que se nos pinta? Desde luego, si toda supresión, toda restricción, toda limitación constituye un acto de tiranía, entonces García Moreno lo fué. Todo gobernante que ha tenido el Ecuador lo fué exactamente en el mismo sentido. La historia republicana del Ecuador no es otra que la historia de medios supresivos empleados bajo nombres distintos. El error que cometen tantos es de confundir el acto escueto, separado de su ambiente y su realidad, sin considerar las posibles circunstancias atenuantes que explican y modifican este acto. García Moreno suprimió sistemáticamente la oposición que paulatinamente, luego de su ascensión al poder, se iba formando. Aniquiló a los cabecillas de una oposición que pretendía invadir al Ecuador bajo el amparo y con la ayuda del Perú. Es preciso fijarse en que el Ecuador, desde la separación de la Gran Colombia en 1830, vivió amenazado constantemente por la invasión y por la desmembración. El Perú no disimulaba sus aspiraciones. Un Tomás Ciprián de Mosquera, en Nueva Granada, fulminaba al Ecuador como un estorbo en la realización de sus proyectos de americanismo. Se ha dicho que el Ecuador vivió durante una generación crucificado entre dos ladrones, sujeto a las incursiones y las depredaciones que continuamente le amagaban. García Moreno luchó como un titán contra estas tendencias di-

sociadoran. Combatió la diplomacia peruana, se precipitó contra Colombia y entupió implacablemente las raíces del caudillismo nacional que amenazaba con la destrucción del Ecuador unido. García Moreno empleó la fuerza contra la fuerza.

La verdadera oposición contra el sistema garciano no fué Juan Montalvo, por mucho que aquel literato haya exclamado: "¡Mi pluma lo mató!" cuando recibió la noticia de la muerte de García Moreno. Puede estudiarse todo el curso de los quince años en que García Moreno dirigió la política nacional, sin tropezar jamás con el nombre de Juan Montalvo. Esquivo como nadie de la responsabilidad pública, hurfio y solitario, Montalvo apenas llegó a terciar en los conflictos que se armaron en torno a García Moreno. Una carta de admonición en 1860 y los números de *El Cosmopolita* más tarde, constituyen el caudal de manifiestos y publicaciones que Juan Montalvo dirigió contra García Moreno.

Se ha querido ver en Montalvo y García Moreno las dos tendencias contrapuestas, las dos fuerzas antagónicas que luchaban para imponerse en el Ecuador del siglo XIX. Examínese cuidadosamente la historia ecuatoriana de esa época. La verdadera y auténtica oposición no fué la labor literaria ni los ensayos literarios de Montalvo, sino la fuerza armada que manejaba el gran *némesis* de la historia ecuatoriana, José María Urbina. Urbina fué, indudablemente, la figura más lúgubre y fatídica en la historia del Ecuador del siglo pasado. Presidente por derecho de la revolución, perpetuó su mando personal bajo Francisco Robles, mero figurón manipulado por Urbina. Derrotado en la hecatombe de 1859 y 1860, Urbina desencadenó luego el militarismo soez y cínico. Además de entronizar en el solio presidencial a su hechura Robles, destruyó con sus decretos la seriedad escolar y la integridad intelectual de la república. Quiso negociar la enajenación de las Islas Galápagos y más tarde se confabuló con Mosquera para la desmembración del Ecuador. Durante los primeros cinco años que García Moreno ocupó el poder, Urbina constituía una amenaza perpetua: invasiones de fuerza armada desde el Perú, expediciones marítimas para el derrocamiento del gobierno ecuatoriano

constitucional, atentados y maquinaciones contra la estabilidad de la república y conspiraciones sin fin urdidas contra el bienestar nacional. Esta triste historia de José María Urvina revela una serie interminable de intrigas y de pequeñeces. Contra ello, García Moreno tuvo que gobernar con mano de hierro. El militarismo y el caudillaje agotaban al Ecuador. Fué necesario erradicarlos, y así procedió el presidente contra militarotes de renombre, contra los que llamaba él los "eternos facinerosos" de la república. Mandó ejecutar a un Maldonado, perpetuo intrigante y traidor a cuanta causa se había proclamado en la nación. Desoyó este caudillo las repetidas advertencias que García Moreno le dirigió. Desterró sin compasión a los perturbadores y los alborotadores. El militarismo decaía mientras García Moreno inculcaba, a la brava, el concepto civil del estado.

GARCÍA Moreno *clerical*, fué, en realidad, muy diferente de lo que generalmente se acepta por verdad. En su célebre Concordato, firmado con la Santa Sede, rompió las cadenas que ataban a la Iglesia. El Patronato Real, vigente hasta entonces, había sometido la Iglesia al Estado hasta en los detalles más nimios de administración. El Concordato garciano libertó a la Iglesia, separando efectivamente la institución eclesiástica de la civil. ¿Constituyó este acto la sumisión humillante del Estado a la autoridad religiosa? Los que hablan y escriben de la teocracia ecuatoriana, parecen no haber leído los veinticinco artículos del Concordato que definen claramente la jurisdicción civil y eclesiástica. Es indiscutible que este documento dejaba a la Iglesia en plena libertad, dentro de su jurisdicción legítima, mientras que el Estado continuaba ejerciendo las funciones que por la naturaleza de las cosas le corresponden.

Quiso García Moreno purificar, mejorar y vigorizar a la Iglesia. Castigó con severidad a los clérigos recalcitrantes, a los frailes insubordinados y a las congregaciones disolutas. La condición religiosa del Ecuador en 1860 era tan deplorable que rayaba ya en anarquía. La disciplina, la abnegación y la ilustración faltaban. El clero, sin relaciones directas con la Santa Sede, vegetaba en la peor indolencia e in-

diferencia. Con muchas excepciones de dignidad, el clero ecuatoriano, tanto regular como secular, no cumplía con los deberes más elementales. La nación entera yacía en la postración espiritual y material.

Contra este abandono de las elevadas normas que consideraba necesarias para la salvación del Ecuador, arremetió García Moreno. Con fervor, voluntad férrea y energía desbordante, cumplió su promesa de reformar al Ecuador. Por la primera vez en su historia republicana, volvió a prevalecer el orden, la paz y la seguridad. El militarismo cedía gradualmente ante los arrebatos del vigoroso e infatigable presidente. El arribo a la república de sacerdotes y frailes europeos fomentó el despertar intelectual y espiritual de la nación. La Compañía de Jesús fue encargada de la instrucción superior y los Hermanos Cristianos de la primaria. La Escuela Politécnica llegó a florecer. El Observatorio Astronómico se hizo famoso. Jesuitas desterrados de Alemania por el *Kulturkampf* de Bismarck, llegaron al Ecuador. Muchos han dejado páginas imperecederas en la ciencia, la geografía y la técnica del Ecuador.

GARCÍA Moreno creía en el Estado católico. Creía firmemente en que las doctrinas sociales católicas contenían las enseñanzas indispensables para la estructuración sobre bases sólidas de la vida nacional. Aceptó en su totalidad el concepto tomista del Estado y sus funciones. Convirtió esta doctrina en base y fundamento del nuevo Ecuador. No concibió la república sin orientación ideológica. Sin embargo, no creyó en el Estado llamado *totalitario*, que tanto abunda en nuestros tiempos. La autoridad civil se reservaba sus propios derechos, mientras que la autoridad eclesiástica intervenía en las funciones que juntamente le incumbían. El Estado católico para García Moreno era el Estado en que el catolicismo constituía el eje, el fundamento, la inspiración de toda acción social. El Estado abrigaba a la religión, y la daba su protección y su estímulo. Es la única vez en que este concepto, íntegro, ha sido puesto en práctica en nuestro hemisferio.

GARCÍA Moreno era todo energía. Incansable en su atención a los pormenores de la administración, vigilaba cada detalle del vasto proceso de reintegración nacional. Flagelaba con sus decretos y ordenanzas al clero que desfallecía; empujaba con esfuerzo sobrehumano la labor de reconstrucción material de la patria. Exhortaba, escribía, rogaba. No hubo empresa nacional que no recibiera el impulso de su dinamismo. La instrucción pública le debía todo. Adquirió nociones de música para poder examinar a los alumnos en esta disciplina en las escuelas de Quito. Contrató músicos profesionales de Europa para que en el Ecuador estimularan el interés y entusiasmo para este arte. Envió estudiantes aprovechados al Viejo Mundo para que trajeron ideas y conocimientos modernos. Puso al servicio de la república sus propios conocimientos de las ciencias y de la administración. García Moreno quiso que el Ecuador gozara de las luces del siglo XIX.

¿Medieval y oscurantista en sus ideas? Difícilmente podía serlo, formado intelectualmente en química, geología y física en la Sorbona y socio de la Sociedad de Geología de Francia. Quiso que su pueblo fuera ejemplar, que todo progresara, que no hubiese desaliento. Quiso, sobre todo que su propio ardor se transmitiera a las masas para que la república, en el curso de pocos años, saliese del atraso y de la paralización en que se hallaba. Quiso, no cabe duda, demasiado en muy poco tiempo. Padeció una divina impaciencia.

El liberalismo ecuatoriano ha forjado una multitud de leyendas negras en torno a Gabriel García Moreno. Rumores fantásticos han encontrado en ciertos sectores fácil aceptación. Se ha querido olvidar que su rigor y disciplina fueron grandes, pero que también lo fueron bajo Vicente Rocafuerte, que le precedió, y bajo Eloy Alfaro que llegó al poder más tarde. Es preciso que se abandone el *parti pris* que oscurece la verdadera labor de García Moreno. Conquistó él la integridad de su país y lo dejó en el camino del progreso. No supo, sin embargo, granjearse la veneración y el amor de todos. Su ardor, su intolerancia ante la flaca naturaleza humana le conquistaron una legión de enemigos. Padeció una divina impaciencia.

RICARDO PATTEE

